BASCHET, Jérôme y DITTMAR, Pierre-Olivier (directores), **Les images dans L'Occident Médiéval**. Turnhout, Brepols, 2015 (*L'Atelier du Médiéviste*, 14) (507 pp.).

Este nuevo número de la fascinante colección *L'Atelier du Médiéviste* que comenzara en 1994 Jacques Berlioz nos trae un ejemplar completo y muy cuidado sobre las imágenes del Occidente medieval. Bajo la dirección de reconocidos especialistas en la materia y con la introducción de Jean-Claude Schmitt, se nos presenta acabadamente una nueva herramienta de trabajo de excepcional calidad para el estudio de las imágenes en ese período.

Tal y como plantea Schmitt en su proemio, no es la imagen un elemento excluyente de la historia del arte. El desarrollo hacia la necesaria práctica interdisciplinaria, que impusieron los complejos objetos de estudio que se tratan en este libro, han trazado la necesidad de reconfigurar sendas y propuestas para llevar a término los estudios del área. De la concepción de arte a la de imagen, de la historia del arte a la historia de las imágenes, los análisis historiográficos requieren una nueva perspectiva que contemple la totalidad del objeto que estudia. No solamente insertándolo dentro de una tradición que le da sentido, sino también entendiéndolo desde su unidad compositiva. De tal manera, aunque Schmitt resuelve rápidamente una suerte de contraposición entre texto y objeto (entendido este último como vestigio

material concreto), debemos decir que el texto por sí mismo no tiene entidad real. Es una entelequia que nos induce al error. En rigor, la transmisión es el punto crucial que determina al objeto y allí, el texto –o quizá la obra, en sentido barthesiano– tiene un soporte material propio que determina su lectura, recepción y conservación. Ahora bien, volviendo a Schmitt y al interés por la imagen, debemos decir que una parte esencial de la transmisión manuscrita está en su iconografía –más allá, por supuesto, de los cuasi infinitos detalles codicológicos que la componen–. No han sido poca las veces que se ha analizado el “texto” y dejado de lado su iconografía, la cual en muchos casos era concebida junto con la composición del dispositivo de comunicación. Asimismo, dichas ilustraciones podrían ser no solo explicativas de la lectura de época, sino también de la función social y política del “texto” copiado. Dado que este manual abarca mucho más de lo que muestra este pequeño comentario sobre manuscritos, Jean-Claude Schmitt finaliza su introducción no solo con una perfecta reseña de la historia en el tratamiento del objeto “imagen”, la evolución y uso del vocabulario, sino también un resumen nocional de las convenciones de producción de imágenes, una reflexión sobre el funcionamiento de la imagen como objeto, la personificación, la figuración, la ornamentación y, a la postre, la función de las imágenes. A continuación, como es típico en el instrumento profesional que tenemos frente a nosotros, *L'Atelier du Médiéviste*, se lleva a cabo un extenso y acabado listado de bibliografía

sobre la temática desde principios del siglo XX hasta el momento de la edición del manual: diccionarios y enciclopedias, principales estudios –subdivididos a su vez según las diversas temáticas que tratan, tales como aproximaciones generales, trabajos sobre el propio discurso medieval sobre las imágenes, estudios iconográficos, iluminaciones, arquitectura, escultura, *vitraux*, etc–, catálogos fundamentales de obras –nuevamente con subdivisiones, repertorios de manuscritos iluminados, de pinturas murales, esculturas, etc.–, bases de datos, etc.

Una vez concluida esta introducción se da paso a los estudios concretos. Allí encontraremos una división tripartita donde cada sección posee una pequeña introducción y a su vez se subdivide en capítulos. En cada uno de ellos se trata una forma particular de expresión a través de imágenes, donde cada estudio está a cargo de un reconocido especialista. Así, la primera parte, “*Images-objets en situation*”, posee once capítulos. El primero, “*L’enluminure: l’image dans le libre*”, a cargo de Claudia Rabel, posee una pequeña introducción y una serie de definiciones de manual muy útiles –principalmente su tipología de iluminaciones– y distintos análisis de obras específicas con el fin de graficar el tipo de análisis requerido por estos dispositivos. A pesar de la extensión de cada contribución –vale aclarar que hay treinta y siete autores y treinta y tres temáticas abordadas– es necesario explicitar que en cada una se condensa lo básico para el puntapié inicial en una investigación dentro del marco de trabajo propuesto por el libro. En tal sentido, se ofrecen los elementos centrales para un análisis regular de cada objeto tratado. Este será el tratamiento sistémico que se podrá encontrar en cada capítulo, independientemente del contenido y las herramientas específicas que cada objeto requiere.

El segundo capítulo, de Cécile Voyer y Simona Boscani Leone, se dedica a la pintura mural y las imágenes de los lugares sacros. El tercero a la escultura monumental –particularmente sobre los monasterios– y está a cargo de María Cristina Pereira. El siguiente capítulo, a cargo de Colette Deremble, es una composición sobre el estudio de vitrales en catedrales. El capítulo cinco se explaya sobre la iconografía arquitectónica y lo lleva adelante Elisabeth Ruchaud. El capítulo seis plantea una interesante concepción analítica –deudora de los estudios de Baschet– de objetos como imágenes donde resalta el análisis sobre el olifante de Roldán. El séptimo capítulo trata sobre la tapicería y ha sido redactado por Laura Weigert. Le sigue un estudio sobre la liturgia y las imágenes procesionales a cargo de Pascal Collomb y Pascale Rihouet. El capítulo noveno, a cargo de Jean Wirth, plantea los modos y nociones para la datación de obras. Jean-Marie Sansterre establece en el capítulo diez un análisis sobre textos que teorizan sobre imágenes. El capítulo final de esta primera parte presenta un estudio de Thomas Golsenne sobre antropología del arte figurativo.

La segunda parte se intitula *Pensée figurative et analyse des images*. El capítulo doce, a cargo de Jean-Claude Bonne, ofrece una mirada sobre la ornamentación y la representación. En el capítulo trece, Isabelle Marchesin desarrolla un análisis sobre proporciones y geometría. El capítulo catorce está a cargo de Michel Pastoureau y se encuentra dedicado al color. El siguiente capítulo estudia el espacio y está redactado por Oleg Voskoboinikov. Martin Clouzot desarrolla en el capítulo dieciséis su análisis sobre temporalidad y narración. Los gestos y las posturas corporales se encuentran estudiados por Aduardo Aubert en el capítulo siguiente

y Didier Méhu investiga las relaciones entre imágenes en el capítulo dieciocho. En el capítulo diecinueve se muestran las relaciones entre texto e imagen de la mano de Maud Pérez-Simon y Hye Min Lee. Elisa Brillì, a continuación, analiza cómo las imágenes se piensan las unas a las otras. Jérôme Baschet, en el capítulo veintiuno, muestra el tratamiento del corpus de imagen y el análisis serial. Finalmente, Séverine Lepape investiga la formalización y el análisis estático de un corpus de imágenes en el capítulo veintidós. La parte tercera “*Les images dans le monde social*” posee once capítulos más. En el veintitrés, Philippe Faure muestra la relación entre imagen y teología. En el siguiente, Babette Hellemans nos habla de las imágenes de la exégesis y de la exégesis en imágenes. Marie Anne Polo de Beaulieu y Jacques Berlioz se explayan sobre imágenes y predicación en el capítulo veinticinco. Imágenes, diagramas y saberes enciclopédicos es el tema del capítulo siguiente, producto de la reflexión de Brigitte Buettner. Gil Bartholeyns, en el capítulo veintisiete, establece un interesante estudio sobre imágenes y cultura material. Imágenes y género es el tema del capítulo veintiocho a cargo de Chloé Maillet. En el capítulo veintinueve, Pierre-Olivier Dittmar nos muestra su análisis sobre el animal, el humano y las imágenes. Imágenes profanas y cultura folclórica es el tema que expone Nathalie Le Luel en el capítulo treinta. Marion Pouspin refiere a imágenes e ideología política en el capítulo que sigue, mientras que Pierre Monnet habla de las imágenes y la cultura urbana. Finalmente, Dominic Olariu cierra con un estudio sobre el retrato en la tardía Edad Media.

El libro tiene un epílogo a cargo de Christine Lapostolle. Allí, con estilo narrativo, se produce una interesantísima

descripción de la iconografía contenida en Tronoën. Resulta una exquisita forma de finalizar un estudio de este tipo.

En lo que hace a los aspectos materiales, la edición está a la altura de lo que Brepols acostumbra. Cuadernillos cosidos, hojas de calidad ilustración – aunque cabría preguntarse si resulta útil para el texto plano–, diseño de tapa sobrio, ilustraciones a color de alta calidad dentro del libro y tapas con solapas en paperback, pero de estimable dureza y solidez. Los índices son muy completos, tanto bibliográficos como de ilustraciones, esquemas, gráficos, etc., además de lo esperable en la indización de partes y capítulos. Finalmente, el costo de esta edición en francés de 2015 resulta más que accesible teniendo en cuenta el producto. Naturalmente, es un libro para bibliotecas institucionales.

La serie mantiene la calidad, tanto por sus temáticas como por sus colaboradores. Herramienta imprescindible que no se ciñe a un solo campo disciplinar. Elabora y sistematiza los elementos *sine qua non* del estudio de imágenes desde una perspectiva interdisciplinaria abarcando desde manuscritos, pasando por murales, hasta capiteles de catedrales y retratos.

Daniel PANATERI

BINTLEY, Michael y WILLIAMS, Thomas (eds.), **Representing Beasts in Early Medieval England and Scandinavia**, Woodbridge, The Boydell Press, 2015, (295 pp.)

Este volumen compila una serie de textos sobre los animales (reales o míticos) que aparecen en textos, toponimia y representaciones visuales

provenientes de los ámbitos insulares y nórdicos, principalmente en el periodo altomedieval. La introducción es valiosa, especialmente en su discusión de la *actor-network theory* propuesta por Bruno Latour y su aplicación a los estudios medievales, teoría que permitiría ampliar el rango tradicional de agentes concebibles más allá de los humanos hacia bestias, plantas e incluso objetos. Cabe notar, sin embargo, que esta discusión no se ve reflejada en la mayoría de las contribuciones al volumen, que reflejan perspectivas más tradicionales. Esto quizás demuestra las dificultades que presenta la aplicación de la teoría postulada por el antropólogo francés al trabajo de los medievalistas.

En cualquier caso, las propuestas son variadas y de excelente calidad. Noël Adams examina la evolución del ornamento animal en el ámbito anglosajón, centrándose en la importancia del tema de la caza, en un trabajo ambicioso pero que quizás sufre de la escasez de evidencia empírica. Igualmente especulativo resulta el texto de Sue Brunning sobre la relación entre espadas y serpientes en el periodo vikingo, quizás forzando la interpretación de una metáfora poética común en el estilo escáldico, aunque este ensayo ofrece buena evidencia tanto filológica como arqueológica.

Victoria Symons, en su artículo sobre los antagonistas serpentinos, se centra en el dragón de *Beowulf*. En lo esencial, ella continúa la tradición de estudios que asocian el monstruo con la codicia en las literaturas germánicas noreuropeas. Sin embargo, la autora extiende esa asociación a un tríptico que ahora incluye las runas, a partir de la vinculación entre esas letras y la revelación de un secreto oculto y el concomitante paralelo entre dragones y ocultamiento de tesoros. Symons concluye, de modo innovador, que las runas

se oponen a los dragones, pues mientras que las primeras revelan lo oculto, los segundos ocultan aquellos bienes que deberían circular.

El trabajo de Marijane Osborn hipotetiza que la estatuilla conocida como el *Trono de cuervos de Lejre* quizás no represente al dios Odín (como suele sostenerse) sino que puede ser leída como una figura doméstica y quizás femenina. La evidencia es muy amplia y su uso es, en ocasiones, algo rebuscado, pero el ensayo cumple el objetivo de complejizar la conexión entre texto literario y hallazgo arqueológico.

También centrado en los córvidos, Eric Lacey discute la inusual imagen del cuervo no ominoso en *Beowulf*. Resulta excelente la discusión semántica, que juega constantemente con la ambigüedad del adjetivo *blaca* (que puede ser leído allí tanto como “negro” como “brillante, reluciente”). Lacey remarca que la función principal es presagiar y conocer y concluye que el cuervo en realidad es una prefiguración de una tragedia posterior, sea la muerte de Beowulf o la destrucción de los gautas.

László Sándor Chardonens considera los textos de *prognosis* del mundo clásico traducidos al anglosajón y evalúa cómo ellos adaptan las referencias a los animales para conformarlos a temas de interés local. El autor localiza, además, alusiones que buscan explotar el exotismo, principalmente en los libros sobre el significado de los sueños. Estos, anclados en referencias animales del Mediterráneo oriental de la que son originarios, sugieren a la vez una cultura de *élite* letrada, más que un uso cotidiano.

Por su parte, Richard North establece una serie de paralelismos entre la evidencia vándala y el culto a los cerdos entre diversos pueblos germánicos. Si bien sus interpretaciones resultan sugestivas, buena parte es especulación

realizada a partir de equivalencias etimológicas, semejante al tipo de construcciones *dumezilianas*, estimulantes pero difícilmente falsables.

El artículo de Thomas Williams sobre lo bestial y lo guerrero como animal y liminal en la Inglaterra anglosajona está sólidamente argumentado y pleno de evidencia de diversos tipos. Presenta muchas sugerencias interesantes sobre el uso del paisaje, aunque algunas explicaciones dependen de una serie de elecciones semánticas específicas. Por ejemplo, sostiene que el *fifelcynnnes eard* referido en Beowulf significa “literally monster-world”, pero también permite una traducción más mundana como *tierra de la gente estúpida*. Al margen de estos detalles, Williams constata que el mundo fronterizo y salvaje de la Inglaterra anglosajona tardía encaja con los lugares de batalla de los anglosajones tempranos.

Michael Bintley presenta un extenso catálogo de lugares salvajes que se purifican por la acción de una figura benéfica. Si bien su texto es una contribución empírica sustancial, la discusión analítica es un tanto genérica. En una línea semejante, John Baker analiza los invertebrados y concluye que la toponimia indica que estos eran comparativamente importantes debido principalmente a su papel en las prácticas agrarias. En términos más amplios, el artículo de Della Hooke, también centrado en la evidencia léxica, sostiene una postura análoga, pero extendida a la fauna en general.

Como puede verse, el libro ofrece una serie de trabajos que van desde textos especulativos, de miras amplias, hasta otros que se concentran en propuestas técnicas y centradas en la recolección de evidencia específica. Este balance se traduce en una colección muy rica, que resulta útil para especialistas

de diversas áreas y perspectivas de trabajo. Sumado a un excelente trabajo editorial y un impecable diseño, constituye un valioso y accesible aporte para el conocimiento de las sociedades alto-medievales del norte europeo.

Santiago BARREIRO

DONNADIEU, Jean, Jacques de Vitry (1175/1180-1240). Entre l’Orient et l’Occident: l’évêque aux trois visages, Turnhout, Brepols, 2014 (283 pp.).

Jacques de Vitry, patriarca de Jerusalén, obispo de Acre, cardenal en Roma, cronista y predicador de las Cruzadas, fue siempre retratado, como afirma el autor de este ensayo, de manera equivocada. Imposible de catalogar a partir de un rótulo específico, Jean Donnadiou nos brinda una imagen sobre vida y obra de Jacques de Vitry, definida a partir de la multiplicidad de roles, intereses y ocupaciones que lo atravesaron: “Prédication, guerre, vie pastorale, diplomatie, écriture et étude résumant quelques domaines de son itinéraire”. Esos son, sin duda, algunos de los muchos aspectos que servirían para analizar la trayectoria de este personaje.

Una definición de este tipo apunta al espíritu central de esta obra. Es decir, un excelente ensayo producto de la pluma de uno de los especialistas más autorizados en la temática. De esta manera, el libro renueva sus credenciales, toda vez que el trabajo del autor constituye un exhaustivo estudio del conjunto de la obra que nos legó el prolífico obispo de Acre, así como de una extensa cantidad de fuentes en donde él aparece mencionado. El trabajo, al mismo tiempo, explora y discute con los estudios que se han producido hasta el momento para enmen-

dar e integrar una idea acerca del papel representado por Jacques de Vitry en los espacios en los que fue protagonista, así como la historia de las instituciones y los procesos que le tocaron vivir.

Como afirma el mismo Donnadiu, la obra de este personaje ha recibido desde el siglo XIII la atención de diversas figuras que, con propósitos diferentes, han contribuido a la cristalización de una imagen que necesita ser revisada. Tal propósito determina el sentido de este libro. Para ello, el autor del ensayo revisa el conjunto de los escritos del obispo de Acre, señalando así el itinerario de su vida y las diferentes tareas que lo ocuparon. De tal modo, en la primera sección del libro, Donnadiu realiza una presentación de la producción de Jacques de Vitry y de las ediciones y traducciones realizadas de sus obras. Desde la *Vita Mariae Oigniacensis* (Huygens, 2012; Miniac, 1997), hasta su *Historia Orientalis* (Donnadiu, 2008) o su *Historia Occidentalis* (Frioburg, 1972) esta sección del libro presenta un análisis crítico de esos trabajos de edición y traducción.

La segunda parte, “Le temps enfui” conforma la sección biográfica sobre Jacques de Vitry. Allí, Donnadiu se detiene en cada uno de los momentos más significativos de la vida del obispo, reconstruyendo, a partir de diferentes pasajes de sus obras, los momentos, ideas y vivencias más significativos de su vida. Dicha reconstrucción es en algunos casos muy fragmentaria, lo que demuestra la pericia del autor en esta tarea. Por ejemplo, sobre la infancia y la juventud del prelado, señala que “le corp des textes, répartis sur une période allant de 1213 á sa mort, forme un ensemble assez hétérogène d’histories ou d’anecdotes”. Al mismo tiempo, en esta sección el autor explora diversos aspectos sobre la cronología de la vida

de Jacques de Vitry, en particular considerando el tema de su fecha de su nacimiento.

La tercera sección, “Maître Jacques”, se detiene en los años de estudio en París (1190-1208), mientras que en la siguiente, titulada “Le chanoine d’Oignies” y en la quinta, “La carrière”, Donnadiu estudia la época en que de Vitry ofició como prior de San Nicolás de Oignies. Durante dicho período (1208-1216), el eclesiástico también predicó a favor de la Cruzada contra los albigenses junto a Guillermo, archidiácono de París.

Las secciones tituladas “L’évêque d’Acre”, “Terre de la promesse” y “Le temps des incertitudes” describen su participación en la Quinta Cruzada y los años en los que Jacques de Vitry fue obispo de Acre (1216-1228). Finalmente, el período de su retorno a Europa y sus últimos años, oficiando como obispo en Italia, Francia y Alemania y como cardenal en Roma hasta el momento de su muerte en 1240, son descritos en la última sección del estudio titulada “Les annes Romaines”. De tal forma, el libro de Donnadiu concluye generando una impresión novedosa sobre la figura de Jacques de Vitry. Más allá de la importancia de esta tarea, conviene destacar que la obra cumple con todos los requisitos del oficio del historiador. La lectura exegética de los textos, como la crítica filológica de estas mismas fuentes, (acompañada en muchos casos por su edición y traducción), hacen del libro de Jean Donnadiu una lectura imprescindible no solo para los estudiosos de los escenarios que recorrió Jacques de Vitry, sino para aquellos que deseen aproximarse a un brillante ejemplo de biografía histórica.

Esteban A. GREIF

FURSTENBERG, Yair (ed.), **Jewish and Christian Communal Identities in the Roman World**, Leiden-Boston, Brill, 2016 (286 pp.).

Jewish and Christian Communal Identities in the Roman World es producto de un simposio en torno a la identidad en el mundo Antiguo y Tardoantiguo llevado a cabo en la Universidad Hebrea de Jerusalén en el año 2013. Los trabajos allí presentados –a los que se sumaron las contribuciones de Tessa Rajak y John Kloppenborg– fueron compilados por Yair Furstenberg, quien también realizó la introducción.

Furstenberg, además de contextualizar y presentar cada una de las contribuciones, enfatiza la idea de que judíos y cristianos no solo compartieron los textos sino también concepciones de lo divino y nociones de comunidad. Precisamente el simposio referido tuvo como eje la construcción identitaria de la comunidad, operación que, según Furstenberg, es analizada en los distintos trabajos desde cuatro perspectivas: *status* legal, integración con la cultura civil, diversidad y localización, y noción de continuidad.

El primer capítulo –escrito por Sylvie Honigman e inserto en la primera parte del libro, *Imperial Perspectives*– versa sobre el pasaje desde una identidad étnica a una religiosa. Para ello, la autora analiza el derrotero de los judíos de Egipto entre el período helenístico y el tardoromano. Apela, también, a la distinción entre *Jew* y *Judaean* para dirimir entre pertenencia religiosa y étnica. Es interesante que, para Honigman, los judíos de Egipto se contaban, antes del siglo I d.C., entre los grupos privilegiados de esa región, formando un subgrupo dentro del colectivo de los *griegos*. Por supuesto, remarca la autora, la religión y el culto eran parte esencial de los *Judaeans*, pero el grupo no se

definía por pertenencia religiosa. Esta situación cambiaría en el mundo romano y, siempre siguiendo a la autora, el decreto del emperador Claudio en el 41 d.C. marcaría ya el pasaje a una identidad de tipo religiosa. Precisamente en ese año, Claudio entorpece el acceso de los judíos a la ciudadanía alejandrina, forzándolos –indirectamente– a pensarse a sí mismos como una minoría y ya no como parte del colectivo *griego*. La concreción del *Fiscus Judaicus* en el 71 d.C. no haría más que confirmar la presencia de una nueva identidad religiosa disociada de lo étnico y generalizable a todos los judíos del Imperio. El capítulo de Honigman, a nuestro entender, es uno de los más interesantes del libro.

El siguiente capítulo, a cargo de Martin Goodman, se interroga acerca de las razones por las cuales los romanos permitieron a los judíos continuar sus prácticas luego de la derrota de Bar Kojba (135 d. C.) concluyendo que la inercia del sistema fiscal –potenciada por el *fiscus Judaicus*– fue la razón que impulsó a los romanos a no atacar a las comunidades judías diaspóricas.

El siguiente capítulo –escrito por Kloppenborg ya en la segunda parte del libro, *Community and the City*– se centra en el vínculo entre los primeros grupos cristianos y la cultura ciudadana. Para el autor primó la ambigüedad –aunque, afirma, cada texto debe interpretarse autónomamente– dado que, si bien muchos cristianos se percibían como ajenos a la cultura ciudadana, en general estaban fuertemente conectados con nociones como las de evergetismo y responsabilidad cívica.

Pieter van der Horst indaga, en el siguiente apartado, la pobreza y la caridad en el mundo antiguo. Establece, en primer lugar, que la caridad, tal como la entendemos, era ajena al ideario grecorromano, donde los pobres eran

observados, simplemente, como sujetos no queridos por los dioses. El intento de Juliano por impulsar la caridad es, precisamente, la excepción que confirma esta regla. En cuanto al judaísmo, pone en evidencia el cambio de sentido de la palabra *tzedaká*, de justicia a caridad, observada por los rabinos como una obligación. Precisamente en la Antigüedad Tardía se podría apreciar, ya en el siglo III, la existencia de una red de caridad organizada desde la sinagoga. El cristianismo, siempre siguiendo al autor, habría expandido el sistema de caridad incluyendo, de hecho, la creación de hospitales.

Tessa Rajak, por su parte, indaga *4 Macabeos*. En primer término, data la obra en una fecha posterior al 70 d. C., incluso más allá del 100 d. C. En segundo término, considera Antioquía como el espacio en el que fue escrita. Desmonta, a su vez, la idea de que los judíos de tal ciudad veneraban las reliquias de los macabeos. Ello no implica que los judíos antioquenos no hayan mostrado interés por los macabeos. De hecho, para Rajak, *4 Macabeos* es una obra judía con influencias cristianas –sobre todo las vinculadas a historias martiriales– mostrando la permeabilidad del medio.

Ya en la tercera parte del libro –*Varieties of Communal Identities*–, Daniel Schwartz aborda el complejo tema de la existencia o inexistencia de una *politeuma* de los judíos de Roma. Para ello, traza una comparación con la situación de Alejandría, concluyendo que, en Roma, lo foráneo era mal visto y, por lo tanto, la existencia de una *politeuma* hubiese empeorado su carácter alógeno, a diferencia de lo que sucedía en Alejandría, donde las comunidades formadas originalmente por extranjeros poseían un *status* privilegiado. Jörg Frey, por su parte, posa la mirada en la complejidad metodológica que reviste la reconstrucción de las co-

munidades a las cuales estaban dirigidos ciertos textos neotestamentarios, como I y II *Corintios*. Siempre en la tercera parte del libro, Cilliers Breytenbach analiza al cristianismo de Licaonia a la luz de la epigrafía de la región, evidenciando la interacción de creencias y prácticas judías en el cristianismo incipiente.

En la cuarta parte del libro –*Community and Continuity*– se encuentra el trabajo de Tal Ilan, sin dudas uno de los aportes más importantes del estudio. En efecto, Ilan está llevando a cabo la continuación del *Corpus Papyrorum Judaicarum*, cuya última edición se remonta al tomo III, de 1964. La autora adelanta aquí la inserción de nuevo material y, principalmente, critica las ediciones previas del CPJ, a partir de la pregunta “*How Jewish is CPJ?*”. Sostiene, de tal modo, que Tcherikover y su equipo dejaron de lado papiros escritos en hebreo y en arameo, así como también desplazaron de su compilación los papiros de tipo literario y dieron demasiado peso a textos antijudíos. Como conclusión de lo que será la edición de CPJ IV, adelanta la idea de un proceso de hebraización temprano, a la vez que pone en tela de juicio la destrucción de las comunidades judías de Egipto luego de la fallida rebelión ante Trajano.

El siguiente trabajo es, tal vez, el más polémico del libro, acorde a lo que nos tiene acostumbrado Seth Schwartz. El autor presenta un cuadro –lo dice explícitamente– negativo de la presencia judía en la diáspora. Para ello, apela al estudio de la epigrafía judía en Asia Menor, tercer acervo de importancia luego de Palestina e Italia. Sugiere, a partir de la evidencia, la imposibilidad de encontrar asentamientos en los cuales los judíos persistieran por siglos. Afirma, entonces, que la continuidad del judaísmo entre la Antigüedad Tardía y el Medioevo se debió más a la dispersión

de las comunidades que a la capacidad de mantener presencia en una misma ciudad. En el texto, a su vez, critica la visión positiva de Salo Baron –y de los neobaronianos– en torno a la vida judía en la diáspora durante la Antigüedad y la tardoantigüedad. El trabajo de Schwartz lleva a la reflexión, aunque, desde nuestro punto de vista, su interpretación de los silencios epigráficos es algo radical, dado que, como puede ser constatado en muchos espacios –Alejandría, por ejemplo– ausencia de epigrafía no implica ausencia de colectivo judío. El libro se cierra con el capítulo de Lutz Doering en torno a la *Primera Epístola*

de Pedro, enfatizando la complejidad de la construcción identitaria cristiana en el texto.

Jewish and Christian Communal Identities in the Roman World es un muy buen libro que posee algunos capítulos excepcionales. Como toda compilación, aspira a unicidad temática pero termina siendo una colección de *papers* dispares, por el mero hecho de que los investigadores convocados no pertenecen al mismo grupo ni adscriben a la misma metodología.

Rodrigo LAHAM COHEN